

Un carromato verde botella

PEDRO MAÑAS





**Un carromato
verde botella**

Pedro Mañas

Un carromato verde botella



edebé

© Pedro Mañas Romero, 2011

© Ed. Cast.: Edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Manuel Ortega

Primera edición, septiembre 2011

ISBN 978-84-683-0289-8
Depósito Legal: B. 23946-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. El garbanzo azul	7
2. ¿Qué fue de Norman Oliver Archibald? .	13
3. Coco y cacahuete	23
4. Un delicioso tubo de aspirinas	31
5. Montones de monstruos.....	43
6. El amuleto pegajoso	55
7. Cuarenta y cinco buenos motivos.....	65
8. Todo a babor	77
9. Banquete en medio de la nada.....	91
10. El coche de rayas	99
11. ¡Ratas!	109
12. Un oso y diez caniches.....	117
13. Abuela contra abuela	125
14. El plan	135
15. Futuro a medida	143
16. Una sonrisa bajo el bigote	153

17. El caballo millonario	161
18. Peligro	169
19. Como anchoas en vinagre	181
20. ¿El caballo perdedor?	187
21. Los Ackermann al completo	195

1

El garbanzo azul

Existen dos tipos diferentes de padres. Puedes distinguirlos usando un truco muy sencillo. Pon cara de pena (ensáyalo antes frente a un espejo) y susúrrales con un hilo de voz estas cuatro palabras:

—Creo que estoy enfermo.

Los padres del tipo número uno te contestarán inmediatamente:

—¿De veras, cariño? Entonces será mejor que hoy no hagas los deberes. Túmbate en la cama, que voy a acercarte el televisor. ¿No te apetecería un poco de helado? Creo que te sentaría bien.

Los padres del tipo número dos, en cambio, contestarán algo parecido a esto:

—¿Y cómo no vas a estar enfermo?! Sales a la calle medio desnudo, te pasas media hora con el pelo empapado después del baño y luego te paseas descalzo por toda la casa como un orangután... ¡Lo raro será que no hayas pescado una pulmonía!

No hace falta que explique que todavía no se ha hallado ningún ejemplar vivo de padre número uno. Por algún motivo que la ciencia aún no ha descubierto, los padres del tipo número dos se adaptaron mejor a la vida sobre la Tierra. Seguramente devoraron a todos los demás aprovechando que sus hijos estaban en clase de kárate. Tal vez para eso se inventaron las clases de kárate. Porque, si no..., ¿de qué otra cosa sirven?

Aún no os he hablado del tipo de padres número tres.

A un padre del tipo número tres da igual lo que se le diga, porque en realidad nunca escucha. De modo que su respuesta será siempre un gruñido, un grito o un bostezo.

A veces, las tres cosas juntas. Entonces se les pone una cara verdaderamente espantosa.

Si vuestros padres son del tipo número tres, os ruego que no les enseñéis este libro. O, si se lo enseñáis, al menos no les digáis que lo he escrito yo. Ese tipo de padres serían muy capaces de presentarse en mi casa para tirar mi ordenador por la ventana. Y yo vivo en un séptimo piso.

Los padres de Luke Ackermann eran del tipo número tres, o incluso del tres y medio.

Os contaré algo que sucedió hace tiempo para que os hagáis una idea de qué tipo de padres eran los Ackermann.

Cuando Luke tenía cinco años, en clase de manualidades le encargaron confeccionar un cuadro de macarrones para el Día de la Madre. Algo realmente complicado para un niño tan pequeño.

Luke se dedicó a la tarea con todas sus ganas, con toda su ilusión y con un bote de pegamento reseco.

Con tantas ganas que, cuando los demás niños ya estaban a punto de terminar sus regalos, el pobre Luke seguía tratando de elegir entre una cartulina verde-sapo, una amarillo-limón, una rojo-sangre y una naranja-naranja. Al final se decidió por un precioso morado-puñetazo que combinaba estupendamente con los macarrones que había birlado del armario de la cocina.

Luke pasó días y días untando los macarrones de pegamento y eligiendo el lugar exacto donde debía ir colocado cada uno, todo ello en completo secreto. Solo un famoso cirujano operando a corazón abierto o un famoso gánster planeando el atraco del siglo habrían sido tan cuidadosos.

El resultado fue un elefante de macarrones de lo más simpático. En un ataque de inspiración de última hora, el niño dejó caer una viscosa gota de pegamento en medio de la cabezota y puso encima un garbanzo pintado de azul. Y resultó ser un ojo estupendo. Tan-

to que parecía que el elefante iba a guiñar el garbanzo de un momento a otro.

—¡Qué elefante tan soberbio, Luke! —le felicitó su profesor.

—¡Qué bien te ha quedado! —le envidiaron sus compañeros.

—¿Qué quieres que haga con esto? —le preguntó su madre, sosteniendo la cartulina entre dos uñas rojísimas como si fuera una lombriz muerta.

—Podrías colgarlo en la nevera —sugirió Luke, tragando medio litro de saliva.

—Ya veremos —gruñó la señora Ackermann—. ¡Y ahora deja de molestar! ¿Crees que la comida se prepara sola?

Cuando Luke regresó a la cocina, sobre la mesa había una gran fuente humeante cubierta de queso gratinado. Pero su elefante no se veía por ninguna parte.

—¿Qué hay para comer? —canturreó Luke alegremente.

—Macarrones —gruñó el señor Acker-

mann, poniéndole enfrente un gran plato inundado de salsa de tomate.

Al niño le asaltó una terrible sospecha. «No puede ser», pensó inmediatamente. Y luego, cada vez que pinchaba unos cuantos macarrones con el tenedor, siguió pensando: «No puede ser, no puede ser».

Cuando Luke estaba a punto de terminar su plato, advirtió que tenía algo atascado detrás de una muela. Lo acarició suavemente con la lengua. Aquello redondo y carnoso no parecía un macarrón. El chico escarbó con los dedos allá dentro. Y no era un macarrón.

Era un garbanzo.

Un garbanzo azul.

Media hora más tarde, Luke vomitó toda la comida y dijo a sus padres con cara de pena:

—Creo que estoy enfermo.

Los señores Ackermann gruñeron.

2

¿Qué fue de Norman Oliver Archibald?

Los señores Ackermann se habían casado muy jóvenes.

En aquella época, el señor Ackermann tenía mucho más pelo en la cabeza y la señora Ackermann tenía mucho menos pelo en la cara. Uno diría que habían dedicado sus años de matrimonio a cambiárselo de sitio poco a poco.

Se habían conocido en el ascensor plateado del gran centro comercial en el que trabajaban. La señora Ackermann estaba empleada en la planta baja (perfumería), y el señor Ackermann estaba empleado en la planta cuarta (ropa interior). A él le gustó que ella pulsara los botones del ascensor

con la uña roja del dedo meñique. A ella le gustó que él hubiese plastificado su insignia de empleado para hacerla brillar. Con el tiempo descubrieron que ambos adoraban la puntualidad, la comida congelada, los paraísos tropicales, el enjuague bucal y la ropa muy bien planchada. Así que decidieron casarse.

Los Ackermann no eran uno de esos matrimonios a los que les gustan las sorpresas. Un día se citaron en la segunda planta del centro comercial (papelería) para comprar una agenda, y en ella trazaron un plan detallado de cómo debía transcurrir su vida desde el mismo día de su boda. No solo consiguieron un quince por ciento de descuento. Además, cumplieron su plan a rajatabla:

Un año después de la boda, los Ackermann compraron un pequeño automóvil negro.

Dos años después de la boda, adquirieron un reloj de cuco para el comedor.

Tres años después de la boda, alquilaron un chalé en las afueras de la ciudad.

Cuatro años después de la boda, adoptaron un gran dogo alemán para guardar el chalé.

Así eran los Ackermann. Sabían perfectamente que el reloj de cuco va antes que el chalé pero después del auto. Sabían que los dogos alemanes son apropiados para los chalés de ciudad, mientras que los chalés de playa combinan mejor con los Bull Terrier. Sabían que los chalés se alquilan y los perros se adoptan, y que alquilar un perro o adoptar un chalé habría sido una tremenda extravagancia. Y los Ackermann odiaban las extravagancias. En realidad, eran las personas más normales que he conocido jamás. Tan normales que resultaban un poco raros.

De cualquier modo, todo iba saliendo según lo previsto en la agenda, y los Ackermann estaban terriblemente orgullosos. Es cierto que Kazán, el gran dogo blanco, se

hacía pis de vez en cuando en los neumáticos del pequeño auto negro. Pero eso era todo.

Sin embargo, en la agenda de los Ackermann todavía faltaba algo. Algo muy importante que debía venir después del coche, del reloj, del chalé y del perro. Así que cinco años (y seis horas) después de la boda nació Luke.

La primera sorpresa fue que, en realidad, los Ackermann no esperaban a Luke, sino a Norman Oliver Archibald. Ese era el niño que llevaba cinco años apuntado en su agenda. «A los cinco años de casados, tener un niño de pelo rubio llamado Norman Oliver Archibald», decía en mitad de la página veintidós. Pero ante la sola mención de aquel nombre largo y estúpido, el bebé se ponía a llorar tan desconsoladamente que los Ackermann no tuvieron otro remedio que ponerle Luke. Luke Ackermann-Ackermann. Aquello ya les fastidió bastante.

Luke tampoco resultó ser el niño rubio y sonriente que esperaban. Al contrario, era calvo y arrugado, lloraba todo el tiempo, y hacía cantidades insólitas de pis y caca. No se parecía en nada a los bebés que salían en los anuncios de su centro comercial. No hacía pedorretas con la lengua ni exclamaba «¡guau guau!» cuando veía pasar a Kazán. Al contrario, se dedicaba a inspeccionarlo todo atentamente con sus ojos serios, negros y redondos como moras.

Cuando empezó a aventurarse fuera de su cuna, Luke demostró poco interés por los coches, los chalés, los perros, el fútbol, las compras y por todas aquellas cosas que ocupaban la vida cotidiana de los Ackermann. Le gustaba, en cambio, columpiarse de las cadenas del reloj de cuco, pintar cuadros abstractos de papilla en la pared, hablar con las ranas y marearse mirando dar vueltas al tocadiscos. Para los señores Ackermann, todas esas cosas resultaban de lo más sospechosas.

Pero lo que les asustó de verdad, lo que les trastornó terriblemente, fue lo que dijo su hijo una noche de diciembre.

Aquella noche, no demasiado distinta al resto de las noches de su vida, los Ackermann se encontraban en la oscuridad de su salón, hipnotizados por el brillo del televisor. Era la hora de su concurso favorito, que venía después de su serie favorita y antes de su programa de venta a distancia favorito. La señora Ackermann siempre acertaba todas las respuestas y su marido, enfadado, daba puñetazos sobre el mantel. De pronto, Luke bostezó, se levantó y dijo simplemente:

—Me voy a dormir.

Los Ackermann arrugaron la nariz, mosqueados.

—¿Qué trastada estás planeando ahora, listillo? ¡Es la hora de la tele!

—Es que..., es que creo que no me gusta mucho la tele.

Sus padres se miraron, espantados.



Aquello fue un golpe terrible. Para los Ackermann, un niño que prefería dormir a ver la tele sin duda debía de tener una grave avería dentro de la cabeza.

«El auto» —pensaron entonces— «salió como nosotros queríamos: con doce bujías, tapicería escocesa, volante de piel de cerdo y faros antiniebla. ¿Cómo hemos podido equivocarnos tanto con el niño?»

Los Ackermann llegaron a una conclusión: aquel no era el bebé que habían encargado. De modo que se resignaron a esperar al verdadero Norman Oliver Archibald. Y empezaron a culpar a Luke cada día que su verdadero hijo se retrasaba.

—¿Dónde está Norman Oliver Archibald? —aullaba desesperada la señora Ackermann, señalándose la tripa y mirando fijamente a Luke—. ¿Qué hiciste con tu hermano?

El muchacho nunca sabía qué responder a esa pregunta. Él no recordaba haberse cruzado con nadie allí dentro.

Luke terminó por aceptar que había habido algún tipo de confusión. Como cuando en un restaurante uno pide un bistec poco hecho y le traen pescadilla con mayonesa. Poco a poco, Luke olvidó las palabras «papá» y «mamá», y se limitó a referirse a sus padres como «los Ackermann».

Fue por aquella época cuando el chico intentó una alianza estratégica con Kazán, el dogo blanco. El perro, demostrando una adorable fidelidad hacia sus amos, mordió a Luke en el tobillo derecho.

Debo reconocer que aquella vez los Ackermann se asustaron de verdad.

—¡Dios mío, Kazán ha mordido a Luke! —gritó la señora Ackermann—. ¡Puede haberle pegado algo! ¡Seguro que le ha pegado algo! ¡Cariño, llama a la doctora Volker para que le ponga una vacuna antes de que se ponga enfermo!

El señor Ackermann se abalanzó sobre el teléfono y a los diez minutos apareció una

gran bata blanca en la que se agitaba una mujercilla sudorosa. Luke la vio manipular una descomunal jeringuilla donde burbujeaba un líquido de color verde.

—No... no me va a doler —murmuró, recorriendo la aguja con los ojos—, ¿verdad?

La mujer le miró, bastante sorprendida.

—Claro que no —dijo al fin, guiñándole un ojo—. Solo le dolerá a tu perro.

La doctora Volker era la veterinaria.